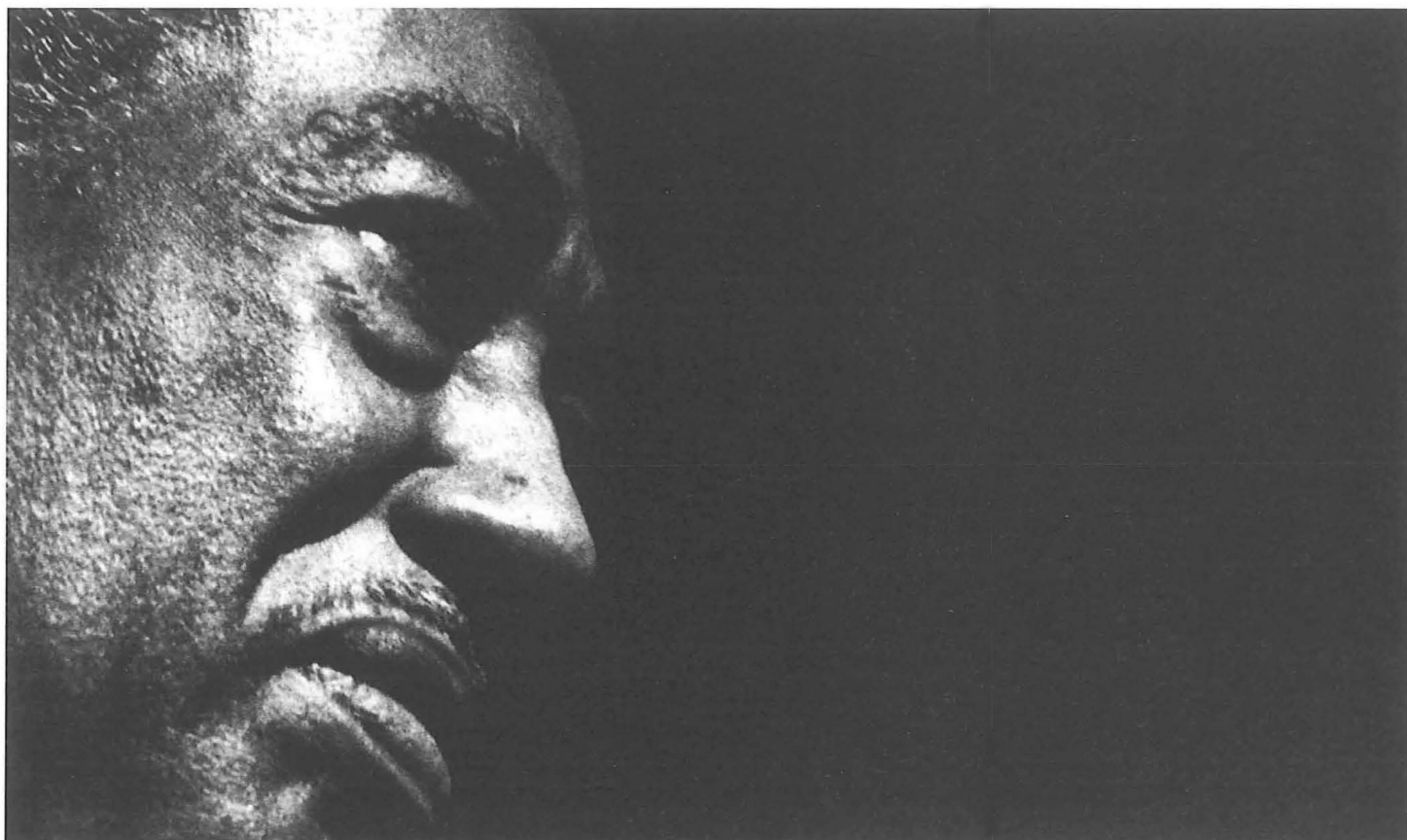


DUKE

en directo

Ebbe Traberg



Excepcional en casi todos los sentidos, Duke Ellington lo era también en su papel de eterno, inquieto e incansable *globetrotter*. Desde muy joven se puso en marcha y nunca tuvo tiempo de pararse. La trivialidad le horrorizaba, y nada mejor que los viajes para romper con la rutina diaria. Mucho más que una tentación fueron para él una pasión -una obsesión-. Andando hizo más camino que nadie. Yendo de una ciudad a otra, de un país a otro, de un continente a otro se encontraba libre, abierto y receptivo. Sabía que, al mantenerse en continuo movimiento, tarde o temprano la inspiración le iba a venir. Y para crear música necesitaba, según sus propias palabras, sentirse mentalmente aislado, lo que sólo era posible durante los viajes, aun estando rodeado de gente. Por eso se convirtió en aquel formidable trotamundos.

Y largo, muy largo fue el camino que recorrió a la cabeza de su famosa banda. Dividido en múltiples etapas se extendió sobre más de medio siglo, formando en la dilatada historia del jazz un capítulo tan peculiar como esencial que no parece cerrarse nunca. Veinte años después de su fallecimiento, esta gigantesca figura sigue siendo objeto de investigaciones de toda índole que originan enardecidas discusiones. Especialistas internacionales se reúnen periódicamente para someter su inmensa obra a nuevos estudios analíticos renovando así un debate que no cesa. Y todos participamos, cada uno a nuestra manera, todos contribuimos a mantener viva la llama que encendió el mayor genio que hasta la fecha haya conocido la música americana.

Porque *ellingtonianos* somos todos. ¿Qué no daríamos por volver a presenciar un concierto de aquella legendaria orquesta que durante toda nuestra juventud venía al viejo mundo, fiel a una cita que con el tiempo llegó a ser anual? Es fácil y casi inevitable volver a perderse en recuerdos

nostálgicos, actuar como testigo de importantes eventos y regresar, por ejemplo, a la luminosa tarde de junio de 1950 cuando, por primera vez, tuvimos la oportunidad de ver al gran Duque delante de una formación que incluía a algunos de los mejores solistas de su carrera (Johnny Hodges, Jimmy Hamilton, Harry Carney, Lawrence Brown, Ray Nance, Harold Shorty Baker...) contando además en la sección de trompetas con Emie Royal y Al Killian y, entre los vientos, con nada menos que Don Byas como estrella invitada. Se trataba de la tercera visita de la orquesta a Europa, que la había recibido con entusiasmo en 1933 y 1939 —y la primera después de la guerra—.

No sabíamos ni podíamos imaginar que se encontraba en profunda crisis y a punto de disolverse. La música que nos ofreció no daba lugar a tales sospechas, todo lo contrario. Volver a escuchar —en vivo— *Mood Indigo*, *Creole Love Call*, *Black And Tan Fantasy*, *Echoes Of Harlem*, *Caravan*, *The Mooche* y todos aquellos temas que habíamos aprendido de memoria gracias a nuestros 78 revoluciones; era como beber agua fresca de una fuente de sueño, y exactamente igual nos pasó en años sucesivos. La banda ducal venía con frecuencia y sonaba siempre maravillosamente a pesar de las continuas transformaciones que conocía. Para subsistir, para sobrevivir, tenía que viajar, y las giras europeas eran

obligadas como más tarde lo fueron los traslados a otras partes del mundo donde Ellington encontró inspiración para algunas de sus mejores obras de madurez. Su popularidad iba en aumento tanto en Japón y Australia como en el Oriente. Una invitación al primer —y único— Festival Mundial del Arte Negro que tuvo lugar en Dakar (abril de 1966) le permitió descubrir África, y un par de años más tarde se introdujo en América Latina para efectuar una larga gira por varios países, empezando en Buenos Aires y terminando en Ciudad de Méjico.

Pero las visitas a Europa tuvieron para Ellington una especial atracción. Por Londres y París se movía con la misma agilidad que por su Washington natal o por las aceras de Nueva York donde su nombre empezó a sonar con fuerza a mediados de los años veinte, a raíz de una larga estancia en el Hollywood Club (más tarde llamado el Kentucky Club), desde donde se trasladó al célebre Cotton Club en el que estuvo permanentemente, con muy pocos intervalos, entre el 4 de diciembre de 1929 y el 4 de febrero de 1931. Un contrato tan prolongado no iba, sin duda, con su espíritu de impaciente viajero, pero era necesario para formar una orquesta sólida y crear un estilo propio. Y allí, en medio de crecientes éxitos que tuvieron mucho que ver con el *show business*, fundó su universo reclutando poco a poco los solistas que iban a dar forma a sus ideas.



Ellington y Ray Nance .

Desde el principio, Ellington dispuso del trompetista Bubber Miley, el trombonista Joe Nanton, los saxofonistas Otto Hardwick y Harry Carney, estando él mismo al piano frente a una sección rítmica formada por Fred Guy al banjo, Wellman Braud al contrabajo y Sonny Greer a la batería. A este conjunto de diez miembros llegaron, ya en 1927, el clarinetista Barney Bigard, y en 1928 el saxo alto Johnny Hodges, entre otros, mientras que Cootie Williams reemplazó a Miley al año siguiente. Más tarde se añadieron el trombonista Juan Tizol más los trompetistas Arthur Whetsol y Freddie Jenkins. Con la ayuda de estos excelentes, hoy casi prehistóricos instrumentistas, el Duque creó su famoso estilo "selva" que, a parte de ser el apropiado para sus



shows, tenía elementos de gran valor que abrieron nuevos caminos para el jazz e iban a ser la base de su propia obra posterior. La orquesta realizó grabaciones para un sinfín de sellos (Victor, Brunswick, Columbia, Okeh, Cameo, etc.) bajo nombres tan exóticos como Chicago & Harlem Footwarmers, Washingtonians, Lumberjacks, Jungle Band, Whoopee Makers... Poco a poco se iba asentando y ampliando —en 1932 entró el trombonista Lawrence Brown, en 1936 el trompetista Rex Stewart— y su creciente fama le abrió paso a las emisoras de radio, hasta entonces reacias a contratar a las bandas negras.

A pesar de los numerosos cambios que sufrió durante la década de los treinta, la orquesta se iba consolidando para encontrar su formación ideal hacia 1940, por encima de todo gracias a la incorporación de dos músicos de incalculable valor —el saxo tenor Ben Webster y el contrabajo Jimmy Blanton. Esta renovación de la banda, y la considerable mejora y ampliación de su repertorio que supuso la colaboración del compositor, arreglador y pianista Billy Strayhorn, dieron lugar a una serie de grabaciones que nadie jamás ha dudado en estimar como sus obras maestras. Fue la época más estable para Ellington, dos años largos de gloria, entre el 6 de marzo de 1940 y el 28 de julio de 1942, llenos de actividad febril y grandes triunfos artísticos. Entre giras interminables de *one-nighters* por Estados Unidos, la orquesta encontró tiempo para entrar con frecuencia en los estudios del sello Victor. Entre Chicago, Hollywood y Nueva York, grabó un total de 66 temas, muchos de los cuales (*Jack The Bear*, *Ko-Ko*, *Conga Brava*, *Cottontail*, *Bojangles*...) se incluyen en la parte más importante del tesoro jazzístico.

Pero, incapaz de dormirse en los laureles, Ellington seguía luchando para mantener su precioso barco, frágil como toda empresa humana, a flote. Más de una vez tuvo que enfrentarse con el infortunio: Blanton, su más firme promesa, murió a la edad de 21 años. Cootie Williams, Barney Bigard y Ben Webster no tardaron en desertar, debido a problemas personales o controversias con el jefe. Rex Stewart, Otto Hardwick y Juan Tizol siguieron el ejemplo de aquellos, y finalmente la sección de trombones sufrió otra terrible baja con la muerte de Joe Nanton, en 1946. Desgracias

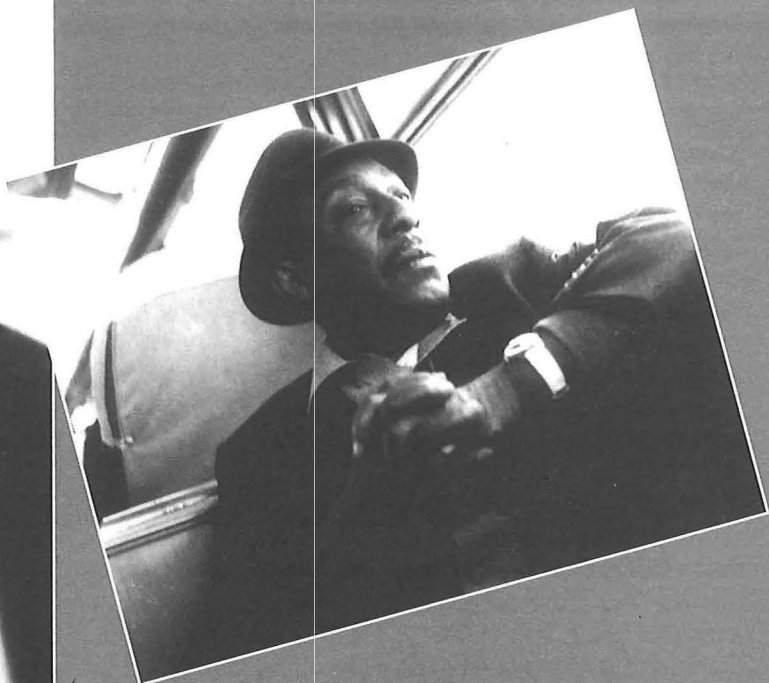
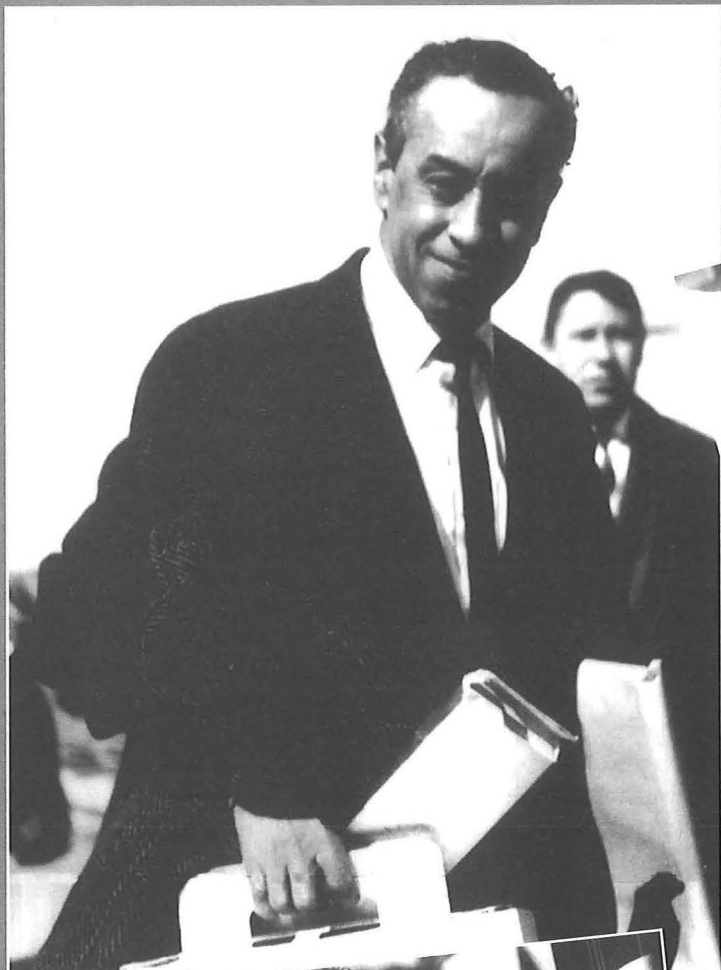
de todo tipo —fallecimientos, disputas, celos etc.— rompieron la armonía de la orquesta. Y Duke intentó por todos los medios reparar los daños sufridos y reforzar su pequeño ejército de músicos. A partir de 1941 pudo contar con el trompetista, violinista, vocalista y gran *showman* Ray Nance, a quien siguieron los saxos Jimmy Hamilton y Al Sears (1944), otro saxo Russell Procope (1946), los trompetistas Cat Anderson (1944) y Harold Shorty Baker (1946), el trombonista Tyree Glenn y el contrabajista Oscar Pettiford (1947). Con tantos cambios le costaba a Ellington asegurar la unidad y mantener el deseado nivel de su banda, y le esperaban años verdaderamente difíciles con la llegada de la crisis económica alrededor de 1950. A duras penas logró sostener su

orquesta en activo durante la década siguiente, lo que sólo fue posible a través de concesiones y opciones a veces muy discutibles. Los irremplazables Hodges y Brown le dejaron para volver años después, dejando tremendos huecos en el seno de la formación.

El resultado fue naturalmente unos inevitables altibajos, pero la llegada de nuevos solistas de relieve —el trompetista Clark Terry y el saxo tenor Paul Gonsalves— aseguraron la continuidad durante los años cincuenta. Y así, poco a poco, llegamos a otra edad de oro para la ya legendaria orquesta que cosechó nuevos éxitos en los cinco continentes. Entre los más clamorosos fue su actuación en el antes mencionado festival en Senegal de 1966, tan sólo tres meses después de una visita a Madrid que nadie que estuviera presente en el concierto del 24 de febrero en el Teatro Monumental haya podido olvidar. Con la orquesta vino Ella Fitzgerald como invitada especial, y tanto la cantante como la orquesta se mostraron en gran forma. Más tarde siguieron otras visitas a España, y con especial emoción recordamos sendos conciertos en Barcelona donde Ellington ofreció su *música sacra*.

El envejecimiento nunca pudo del todo con la orquesta, una institución celebrada y alabada en el mundo entero y rodeada de constantes éxitos. Pero el final de tan increíble aventura se iba acercando inexorablemente. El baterista Sam Woodyard se marchó tras trece años de fiel servicio, y casi al mismo tiempo se fue Jimmy Hamilton. La muerte de Johnny Hodges, en 1970, fue otro durísimo golpe para su líder, igual que la pérdida de Strayhorn lo había sido tres años antes. El mismo sucumbió el 24 de mayo de 1974, nueve días después de Gonsalves y seguido al poco tiempo por su inseparable compañero desde la juventud, Harry Carney.

Era el irremediable y dramático final de una de las más hermosas y heroicas empresas de la epopeya del jazz, pero nos queda una inconmensurable obra para disfrutar y explorar. A esta distancia de su creación la vemos crecer como un árbol bien nacido, aumentando en espesor y altura, en peso y valor. También en este aspecto Duke Ellington es una admirable excepción saliéndose de todas las normas establecidas. ■



Paul Gonsalves y Johnny Hodges
a su llegada a Madrid (1966)

Fotografías: Ebbe Trøberg.

